

De la Metempsicosis

Nelson A. Vallejo G.

Un adepto a su manera de la filosofía oriental pidió a su hijo de pegarle un tiro. El resucitaría entonces en otro cuerpo y el paraíso se le presentaría en la tierra. El hijo, luego de algunas réplicas, obedeció. Resultado: un muerto y un "parricida".

En Francia ocurren cosas extraordinarias, como esta que voy a contarles: Félicien Bikao era un hombre como los demás que vivía en las afueras de París, en Argenteuil. Conocido por sus vecinos como un adepto, un poco extraño, de sectas indúes y otras rarezas del oriente. Había concebido, luego de profundas lecturas y de una larga vida de sacrificios diversos, un complicado mecanismo de metempsicosis que llamaba con éxtasis "la Gran Experiencia". Encontrar de nuevo su espíritu, en otro cuerpo más sano y más fuerte, luego de haberse pegado un tiro, era el fin de dicha "experiencia". Todo hubiera funcionado como previsto si luego de volarse el cerebro su alma se hubiera presentado en otro cuerpo; pero no! Todo lo que su hijo recogió fue mil pedazos de cabeza ensangrentados y no como estaba escrito en los pedidos: que la Mamá terminara sus ataques de nervios y lograra hacer crecer sus cabellos demasiado cortos, que la primera niña tuviera una nariz griega y unos dientes de marfil, que el segundo hijo encontrara un empleo rápidamente y que el mayor ganara la lotería para poder así comprarse el equipo de sonido y casarse con su novia. Todo se hubiera entonces lindamente arreglado. La fe mueve montañas y hace milagros, es lo que Félicien había leído en algún libro sagrado de los miles que llenaban su biblioteca de sabio de pueblo Elsaber es a veces tan dañino e indigesto como una leche vinagre. Hay cosas, de los misterios del mundo, que sería mejor ignorar. Entre ellas se encuentra el misterio de la resurrección. Félicien hubiera hecho mejor de ignorarlo.

En Argenteuil, los vecinos de la familia Bikao ignoraban que extraterrestres vivían en el barrio, en un simple edificio de apartamentos para familias no muy ricas, por no decir pobres! Félicien, convencido de la reencarnación, trataba a sus hijos como si fueran divinidades indúes encarnadas. Flo-

riana se había desdoblado a partir de un conde; Félicien la llamaba Sakti (nombre sánscrito). Francina se llamaba Ramkini. Y Clément, Ramki. Félicien se consideraba como "la primera potencia", en toda modestia o con toda modestia a parte claro está! Y la familia elegida tenía por misión sagrada de "reimplantar el paraíso sobre la tierra" eliminando los "seres demoníacos".

Félicien tenía razones especiales para justificar sus ideas resplandecientes y exóticas, así como circunstancias especiales. Tenía una abuela indú y había vivido 18 años en Guadalupe, entre brujos e iluminados, antes de visitar por algunas semanas un hospital psiquiátrico. Una fatiga mental. Digamos, un cansancio. Quién puede hoy en día, en un mundo en desierto y en penuria, creerse exento de tales cansancios? Acumulaba en su biblioteca una cantidad asustadora de libros esotéricos y conteniendo misterios del oriente así como, detrás de los rayones en la biblioteca, revistas pornográficas conteniendo la decadencia de occidente. Para variar, o para divertirse un poco. El placer del cuerpo, decía. Pero era un funcionario modelo en el Ministerio del Trabajo. Ninguno de sus compañeros de trabajo hubiera imaginado que Félicien tenía contactos especiales con el mundo y que pronto, esos contactos iban a convertirse en realidad una vez que el "gran viaje" y la "gran experiencia" fueran acontecidos.

En casa, Félicien era devorado por la duda. Esperaba impacientemente que su primogénito llegara a la edad madura y comprendiera la necesidad y hasta la exigencia de tal experiencia. Clément, el mayor, quiso un día cambiar de catequismo yéndose a vivir con los hijos y adeptos de Krishna. Regresó seis meses más tarde a la casa paternal considerando que era demasiado fácil de levantarse todos los días a las cuatro de la mañana para contemplar la aurora y dar gracias a una rara divinidad por el misterio de la vida solar. Feliz de encontrar de nuevo su hijo, Félicien le recibió con fiesta y entusiasmo. Pensó que tal vez el momento de la gran "experiencia" había llegado.

Félicien tenía su lógica personal. Decía que "la teoría sin la práctica no tenía ningún valor". El quería igualmente, cuenta su hijo delante del Juez en el Palacio de Justicia de la

"Ile de la Cité" en París, "destruir su cuerpo para permitir a su alma liberarse de tantos males y sufrimientos". La apuesta de Pascal ejecutada a puertas abiertas: entre el infinito y la nada mejor vale el infinito, pues si Dios existe, él se encuentra en el infinito y no en la nada ya que en la nada, nada se encuentra. Félicien propuso de entrada a sus hijos de ejecutar el "gran viaje", pero Clément prefirió devolverla con educación y lógica: "prefiero que me muestre primero cómo es el "gran viaje" y si se cumple...". Su padre fue entonces a comprar un fusil, en junio de 1982. La "gran experiencia" fue llevada a cabo en marzo de 1984. Entre tanto Félicien perfeccionaba su sistema de resurrección. Luego de meses de reflexión y de dudas. Clément, el mayor de todos y el menos sensible, fue designado como el encargado de accionar el gatillo.

El 10. de julio de 1984, de regreso de compras una mañana de verano asoleada, Félicien se declaró listo para el gran paso al más allá. Reunió sus hijos en el salón y les dijo que él "se levantaría luego del disparo desdoblándose". Con el pasar del tiempo, todos hasta el gato de la casa, terminarían por creer que ese misterio se desvelaría ante sus ojos. "Félicien prometió hasta limpiar el mismo las manchas de sangre y recoger los pedazos de cerebro". Puso cinco balas calibre 7.63 en el fusil aunque "una sola bastaría para matar un elefante a cien metros". Tomó un vaso de agua, mientras su hija, Floriana, buscaba un martillo para rematarle por sí las moscas y bromeando al decir que se trataba del "vaso del condenado". Una especie de cicuta socrática. Félicien se acostó en el sofá, se puso el fusil contra la sien y dijo a Clément: "Hazlo!". La cabeza de Félicien voló en mil pedazos destruyendo el equilibrio azul de una mañana de verano. La bala se estrelló contra la nevera después de haber atravesado dos sofás y dos muros de la casa. "Párate! Párate!", gritaba Clément delante de los restos en humo. "Hicimos una pendejada", decía su hermana mientras iba a buscar ayuda. "Lo hice así porque le quería", dijo Clément al juez en una de sus raras explicaciones. "El difunto, dijo el juez, parecía un hombre de mucho humor".

(París, Oct. / 84)